

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Descargo de responsabilidad	11
1. La inesperada bienvenida.....	13
2. El pacto	27
3. La fiesta wodaabe	37
4. La irrupción de Nguba.....	45
5. En busca de la maestra	63
6. El enfrentamiento.....	77
7. La despedida	91
8. La vuelta a casa	99
9. La esperanza de Nguba.....	111
10. El campamento de refugiados.....	127
11. La huida	135
12. Niamey, última parada	141
13. Una difícil decisión.....	147
14. La última llamada.....	171

LA INESPERADA BIENVENIDA

14 de octubre de 2014, República del Chad

Una inmensa llanura de la sabana africana, árida y con escasa vegetación, se extiende hasta donde alcanza la vista. Solo las acacias se imponen, altas y desafiantes sobre un suelo de color ocre pálido. El sol, que ha silenciado la mayor parte de la mañana, desciende hacia el horizonte.

El viento parece ser el único que tiene algo que decir. Se desliza suave como una caricia. Es el *harmattan*, el viento del norte en su versión amable.

Una bandada de pájaros vuela en dirección opuesta y lo hace en una ordenada formación delta. Llevan horas volando con determinación en busca de agua y saben dónde encontrarla. Guiados por su instinto, se dirigen inequívocamente hasta uno de los lugares más codiciados de la sabana.

El grupo de aves alcanza su objetivo y empieza a romper su formación. Ha llegado su merecida recompensa: una inmensa superficie de agua que da vida a una tierra que parece no tenerla. Es el lago Chad, al oeste del país con el que comparte nombre. Un manantial de agua procedente en su mayor parte de la República Centroafricana y que, siguiendo su curso a través del río Chari y su afluente el Logone, desemboca, sin posibilidad de escapar, en este extenso lago. Un lago que en los años sesenta tenía una superficie de veinticinco mil kilómetros cuadrados y que en la actualidad apenas ocupa mil.

El azul del lago y la intensa vegetación verde de la comi-sura de su ribera alegran el entorno. Muchos animales disfrutaban de su vida. Alguno, confiado, pronto la perderá. Demasiados depredadores al acecho.

Un grupo de *dik-diks* inmoviliza su cuerpo en posición de alerta. Estos pequeños antílopes resultan difíciles de distinguir cuando se mantienen inmóviles. Una manada de elefantes extiende sus orejas. Una hilera de vehículos levanta polvo mientras avanza por lo que parece un camino sin asfaltar.

Son un grupo de seis coches todoterreno, uno de ellos militar, seguidos por un pequeño y ligero camión que lleva un reducido grupo de soldados chadianos. Cuesta distinguir el color real de los vehículos por el barniz que la sabana ha polvoreado sobre ellos.

Dentro de la cabina del primer todoterreno va de copiloto Marc, un atractivo español de cuarenta y dos años de complexión fuerte, con barba de unos días y ropa cómoda. Marc mantiene una conversación por teléfono vía satélite.

—Sí, no se preocupe por el cambio, señor Duran. Tenemos previsto llegar mañana.

—Bien, tenéis que ser ágiles con las negociaciones. Los americanos me han dicho que el Banco Mundial va a conceder esta semana un préstamo de doscientos millones al Chad para financiar las prospecciones. Los franceses seguirán manteniendo su apoyo al presidente Déby a cambio de más petróleo. Es nuestro momento. Vuestro trabajo tiene que estar cerrado en quince días para poder empezar las prospecciones nada más firmarse la concesión del préstamo. Los dos millones de euros que lleváis os bastarán para cerrar los tratos con las tribus. Déby nos ha dado vía libre para que negociemos con ellas. Marc, es nuestro primer pie en el Sahel y de ti depende el éxito de esta misión.

—No se preocupe, señor. Cerraremos los tratos a tiempo.

—En eso confío, pero no vas solo. Es un verdadero reto gestionar tantos intereses...: el de los franceses, los norteamericanos, los nuestros, y todo eso sin olvidar los del Chad.

—Lo entiendo, señor. Me pregunto si alguna vez hemos gestionado nuestros intereses sin tener en cuenta los de los demás.

—Marc, hay algo que quiero que sepas. Los americanos insistieron mucho en que Greg fuera el responsable de la expedición. Los franceses no tenían inconveniente, pero yo les dije que no, que tenías que ser tú.

—Gracias por la confianza.

—No, no lo digo por eso. Piensa que cedí en casi todo, en las condiciones económicas, en el reparto de las tierras, en las cuotas a pagar..., todo por participar de esta oportunidad y poder poner un pie en el Chad. Me tocaba hacerlo por ser nuevos en este territorio y por tener la participación más pequeña. Pero tenía que haber algo en lo que me hiciera fuerte y no cediera bajo ningún concepto. Algo asumible, pero que me permitiera poner mis condiciones...

Marc escucha atento.

—... y decidí que eso en lo que me iba a hacer fuerte fueras tú.

—Vaya..., me halaga, señor.

—Les dije que nosotros íbamos a liderar la misión. Le sorprendió mi propuesta y se negaron. Entonces les dije que no había trato. Me preguntaron por qué tú, y yo les respondí que porque eres la única persona que conozco capaz de tomar una decisión contraria a la que le piden sus superiores y que, además, esa decisión sea la decisión correcta. Se quedaron descolocados y no me dieron ninguna respuesta..., pero la verdad es que terminaron aceptando. Supongo que hicieron los deberes.

—Entiendo. ¿Y por qué cree usted que cambiaron de opinión?

—Creo que influyó tu pasado militar. Eres el único de los tres que lo tiene.

—Entiendo. Pero espero que esto no cambie nuestro pacto de evitar el uso de las armas.

—No, sigue intacto. ¿Entiendes la gran responsabilidad que tienes en esta misión? Lo entiendes bien, ¿verdad, Marc?

—Absolutamente.

—Bien. Mueve bien las piezas de tu tablero de ajedrez.

—Sí, señor.

—Necesitaré que me mantengas informado de todo... y eso quiere decir... de absolutamente todo.

—Claro, señor.

—Y ten cuidado con Greg porque no está acostumbrado a que le manden.

—No se preocupe por el americano. Ya sabe que gestionar egos es mi especialidad.

—Y por eso estás aquí... Bien, he de dejarte. Suerte con todo. Y hasta muy pronto, Marc.

—Hasta pronto, señor.

Marc cuelga, respira y procesa las palabras que acaba de oír. A su lado está Koke, el delgado y fibroso conductor, también español, en los treinta y tantos, vestido con camiseta oscura y pantalones de camuflaje. Mira a Marc midiendo su reacción después de la llamada.

—¿Problemas?

—Digamos que de momento tan solo unas cuantas aclaraciones... Pero cuando alguien viene con explicaciones suele ser un claro síntoma de que pronto llegarán los problemas...

Koke vuelve la vista y se centra en la carretera. Él es el escolta personal de confianza de Marc. Han trabajado ya dos veces juntos. Se conocen bastante bien, incluso son capaces de leer entre líneas sus gestos, miradas y reacciones. Koke es un exmilitar del cuerpo de paracaidistas, un hombre al que le gusta que en su vida ocurran cosas. Esperaba encontrarlas en el ejército, pero se cansó y lo dejó, harto de las misiones de adiestramiento, logística y gestión. Su paso por Somalia y Mali fue un intento por romper esa rutina, pero no tuvo el efecto esperado, aburriéndolo aún más. Lo único positivo que sacó fue la experiencia en ese tipo de terreno árido y difícil que a posteriori sería decisiva para conseguir su primer trabajo con Marc.

Tras unos kilómetros, Koke hace una señal a Marc para que mire la belleza del lago. Marc observa el entorno y es consciente de que pronto va a oscurecer.

—Aquel es un buen lugar para pasar la noche —comenta Marc.

Marc coge la radio y habla con el comandante Angu para pactar el lugar escogido.

La comitiva se detiene y lo hace formando un gran círculo dejando espacio suficiente en el centro para acampar. Todos salen de sus coches creando una amalgama variopinta de occidentales, nativos locales y soldados chadianos que se mueven aparentemente desordenados e inexplicablemente efectivos.

Greg y Belmont salen de sus respectivos todoterrenos, tan tiesos como los demás. Tras ellos van Martin, norteamericano, y Luc, francés, sus ayudantes personales. Sus primeros pasos son torpes. Sus huesos encajan la nueva situación y, agradecidos, les piden más movimiento. Ha sido un largo viaje encorsetados entre las cuatro ruedas.

Belmont es el enviado por la Compagnie Pétrolière Française. Es delgado, de cuarenta y ocho años y de porte elegante a pesar de su indumentaria informal. Belmont mira entusiasmado el paisaje.

—*Vraiment jolie!*¹

—Quizás para verlo, pero no para vivirlo —comenta Greg, el representante americano. Greg es alto, de cuarenta y cinco años y de aspecto curtido y pulcro a la vez. Es el enviado de la todopoderosa North American Petrochemical & Gas Corporation, la compañía estadounidense con mayor valor de mercado del sector.

Marc se acerca a ellos. Belmont retoma la palabra sin dejar de mirar los alrededores.

—Esto es lo mejor de este trabajo. Todas las malas experiencias se me olvidan cuando veo tanta belleza.

—Mal asunto si la belleza la tienes que buscar tan lejos —responde Greg—. Yo la encuentro siempre en casa, esperándome con los brazos abiertos. Tan abiertos que lo único que me motiva al marchar es pensar en el regreso. A veces, hasta dudo de si acepté este trabajo simplemente por la recompensa.

Belmont sonrío ante la sinceridad de Greg.

—Los americanos sois tan previsibles que a veces pienso que estáis todos hechos con el mismo patrón —interviene Marc al llegar junto a ellos—. Una casa grande, dos coches grandes, un perro grande, una gran mujer, dos grandes niños y tres o cuatro televisores grandes... ¿Me dejo algo?

—Al menos tú ya sabes cuál es el mío. Tu patrón todavía lo tengo que descubrir —responde Greg mientras le mira—. Pero me quedan unos días por delante. Y sin duda me produce mucha curiosidad saber por qué mi empresa te escogió a ti.

Belmont sonrío ante la reacción del orgullo yanqui herido.

1. ¡Es precioso!

Marc se da cuenta de que Duran tenía razón y cambia de tema, aunque sabe que es algo que arrastrará todo el viaje.

—Tengo nuevas que comentaros. Nos han recortado el tiempo de la misión, de veinte a quince días.

A Belmont no parece afectarle el cambio mientras sigue a lo suyo.

—Mi vida está llena de hermosos paisajes y experiencias. Y es curioso porque, por mucho que intentes imaginártelos o pensar en ellas, siempre te sorprenden, no importa cuanto veas, leas o te cuenten.

—Lo que tenga que suceder lo hará y sin pedir permiso —responde Marc.

—Tú lo has dicho, sin pedir permiso. ¿Así que quince días...? —pregunta Greg.

Marc asiente con la cabeza.

—¡Vaya! Algo se debe cocer allá arriba para que tengan tanta prisa. Tendré que averiguar por qué.

Marc lo sabe, pero prefiere no compartirlo. No se lo va a poner tan fácil.

Mientras, el resto del equipo avanza y trabaja con eficacia. En poco tiempo acaban de montar ocho tiendas de estilo canadiense alrededor de una fogata en el centro.

El viento mueve la tela de las tiendas. Los nativos aprovechan el aire y ponen más leña para avivar el fuego que les ha permitido preparar la cena. Todos comen como pueden a pesar de la incomodidad del aire.

Unas horas después, la mayoría de los integrantes de la comitiva están durmiendo mientras las tiendas baten. El viento ha conseguido apagar el fuego de la fogata, pero aviva las cenizas que quedan. Algunas son lanzadas contra las tiendas. Mamadou decide apagar los restos con el agua de una botella de plástico. Lo hace suavemente, sin desperdiciar mucha. Se nota que es consciente del valor de tan preciado líquido.

Mamadou es el *hunter* más veterano, de origen nigeriano, el guía nativo más experto de la expedición. De cincuenta y cinco años, es delgado y de tez arrugada. Aunque físicamente no impone, está más en forma que cualquiera de los allí presentes.

Marc se acerca a él y le entrega una botella envuelta en papel.

Mamadou la coge y la destapa.

—¿Güisqui? —pregunta Mamadou.

Marc asiente.

Mamadou la observa... incluso la huele... mira la etiqueta. Tan solo es capaz de leer el número doce que hay en ella.

—¿Doce años? —pregunta sorprendido.

—Seguro que eres capaz de apreciarlo.

Mamadou le da un gran abrazo mientras sonrío luciendo sus descoloridos y maltrechos dientes.

—Pero tiene que durarte todo el viaje... —le aclara Marc.

Los dos ríen. La sonrisa de Mamadou sorprende por lo ingenua e incluso infantil que se revela.

Marc apenas lo conoce, pero ya muestra especial predilección por él. Emana la sabiduría y seguridad del que expone sin querer convencer. Habla con la tranquilidad de aquel que la mayoría de las veces tiene la razón porque simplemente busca la verdad. Aceptarla y reconocerla no depende de él. Es por eso por lo que Marc confía en él. Siente que no pretende venderle nada, tan solo mostrarle la realidad o acercarse lo máximo posible a ella.

Angu llega junto a ellos.

—Esta noche con un par de soldados será suficiente para la guardia —comenta Angu—. Nadie con este viento se atrevería a acecharnos. Mejor que los tuyos se parapeten dentro de las tiendas. La noche promete ser movida —añade dirigiéndose a Mamadou.

—Sí, esto solo acaba de empezar. Dentro de poco no seremos capaces ni de vernos las caras. Creo que voy a acabar de recoger ahora que todavía puedo. Pero antes déjeme que le invite a un trago, señor. ¿Quiere usted probarlo también, comandante?

—No, gracias. Ya sé cómo acaban estas cosas.

Angu se dirige hasta donde están los tres soldados de guardia. Visten el *alasho* para protegerse la cabeza y el cuello del viento. Es el turbante que usa la etnia hausa a la que pertenecen la mayoría de los soldados que acompañan la expedición. Cuando llega junto a ellos les da las instrucciones

pertinentes para que dos se queden de guardia y el tercero se dirija a su tienda a descansar.

Angu es el comandante de los militares del ejército del Chad, de constitución fuerte, alto y de talante pausado. Es un hombre con muchos conocimientos militares y no le gusta la misión que le han encomendado. Por mucho que su superior le haya dicho que su misión es trascendente y de importancia vital para la estabilidad de su país, que hay mucho dinero en juego y que puede incluso afectar a la supervivencia de su presidente, él no lo ve así. Piensa que el presidente Idriss Déby está sujeto a la voluntad de los franceses y de los estadounidenses. Depende del petróleo que ellos explotan y su país solo recibe las migajas. Cada vez entiende más a los rebeldes del UFDD, antiguos partidarios de Idriss Déby que se desencantaron por su manera de gobernar y por el uso que sigue haciendo del dinero proveniente del petróleo, un dinero que el Banco Mundial había exigido que revirtiera en la población y que nunca llegó a donde debía. Él ha luchado en la frontera de Sudán contra los rebeldes del UFDD, que cuentan con financiación del país vecino. Eran sus grandes enemigos, contra los que se ha enfrentado en diferentes ocasiones, incluido el día más difícil, en el que los rebeldes llegaron a la capital de N'Djamena y estuvieron a punto de derrocar al gobierno. Algunos son antiguos generales que habían estado al servicio del presidente. Angu ha sido siempre un devoto de Idriss Déby, militar con el que llegó a coincidir como compañero de instrucción cuando todavía eran jóvenes oficiales. Pero cada vez entiende más a los rebeldes y pone en duda su labor. Siente que se está vendiendo a las multinacionales.

Angu se retira a su tienda.

Marc se toma el último trago.

—Gracias, Mamadou. Ahora ya podré dormir bien.

—Señor, me quedaré más tranquilo si, a pesar del viento, uno de los míos está en alerta durante toda la noche.

—¿Crees que es necesario? —le cuestiona Marc.

—Sí, si es que tiene que ocurrir algo. No, en el caso de que no ocurra nada.

—Interesante respuesta.

—Me pagas para ayudarte y esa es la mejor manera que lo puedo hacer, siendo precavido.

—¿No te fías del criterio del comandante?

—Más que de su criterio, no me fío de él.

—Vaya... ¿Por qué?

—Porque es un militar y puede ser tan corrupto o más que los demás.

A Marc no le sorprende la respuesta.

—El dinero es como la carne fresca en medio de la noche, atrae a todo tipo de depredadores —continúa Mamadou—. No eres consciente de la cantidad que hay hasta que la huelen y se empiezan a mover. No los ves, pero los notas y sabes que están ahí, pacientes esperando su oportunidad.

—Vaya... ¿Crees que debemos poner más hombres?

—No, con uno de los míos bastará.

—Entiendo. Gracias, Mamadou. Ahora no tengo tan claro si dormiré mejor —ironiza Marc.

Marc yace metido en el interior de un ligero saco de dormir mientras escucha el silbido del viento. A su lado, descansa Greg. Belmont lucha por no despertarse.

Fuera, no queda ningún rastro de la fogata, tan solo dos troncos pesados que no llegaron a ser utilizados.

Todas las tiendas baten sin piedad. Parece increíble que sigan en pie.

Marc está pensativo. Oye unas voces que hablan en lengua nativa... y ruidos... muchos ruidos... además del viento. Está inquieto.

A la mañana siguiente, temprano, no se distingue apenas nada del campamento. Una espesa neblina de polvo revolotea en el aire. Suena un fuerte silbido junto al traqueteo de las telas. Marc sale de una de las tiendas. Viste una *kufiya* de estilo palestino alrededor de la cabeza que conserva de su última misión. El viento sopla usando la arena como munición. Marc intenta protegerse, pero tiene la sensación de que se mete por todas partes, incluso con la boca cerrada. Inevitablemente, la

termina masticando entre sus dientes. Marc se mueve con dificultad para poder ver y andar en la dirección correcta mientras se acerca al todoterreno militar. Abre la puerta del coche y descubre dentro de él a uno de los soldados, que le sonríe amigablemente.

—*Tout va bien?*² —le pregunta Marc en un francés básico pero suficiente.

—*Oui, merci.*³

—*Quel jour! Nous ne pouvons rien faire.*⁴

Los dos se encojen de hombros.

En ese momento llega Mamadou. Va cubierto con su propio *alasho*.

—Marc, tenemos que deshacer las tiendas. No van a aguantar el viento. El viaje es largo y no nos podemos arriesgar.

—¿Y qué propones?

—Que durmamos en los coches.

—De acuerdo. Que cada uno avise a los suyos y se ocupe de desmontar sus tiendas.

Marc entra en la suya y despierta a Greg. Belmont se desvela solo al oír el ruido. Se levantan y se ponen en acción.

Cuando salen, Mamadou ya está con su equipo desmontando la suya. Son los más rápidos, se notan los años y las largas acampadas. Se mueven con automatismos que solo algunos soldados son capaces de igualar. La torpeza de los europeos es incluso divertida. El viento y el polvo se encargan de esconderla a ratos. Mamadou llega con otros dos *hunters*, más jóvenes, pero también experimentados —Keita y Obatala—, para echarles una mano. Ayudan a Belmont, a quien el viento parece llevárselo mientras intenta doblar el toldo de la tienda. Keita y Obatala lo evitan. A Marc y a Greg les entra la risa, algo que Mamadou corta por lo sano apremiando sus movimientos para evitar que les ocurra lo mismo a ellos.

Hay viento y polvo por todas partes, apenas se distingue nada, tampoco los coches. Todos están dentro de ellos

2. ¿Va todo bien?

3. Sí, gracias.

4. ¡Vaya día! No podemos hacer nada.

durmiendo... o intentándolo. Cada uno en el suyo, busca la posición imposible. El agotamiento es tal que algunos incluso lo consiguen. La peor parte se la han llevado los soldados: han desmontado la lona del camión y se han cubierto con ella. Unas cuerdas evitan que sea arrastrada por el viento. Cuesta distinguirlos porque la lona está tan cubierta de arena y polvo que apenas se adivina que debajo de ella yacen personas.

Poco pueden hacer, tan solo esperar. El *harmattan* todavía tiene bastante que decir. El que mejor lo entiende es Mamadou, el único que es capaz de escucharlo. Sabe que no es un enemigo, que tiene voz propia. Así se lo enseñó su familia. Su abuelo le decía: «Si le escuchas bien, es educado y te avisa antes de marchar». Y tenía razón, puede ser cruel, pero nunca desaparece sin anunciarlo. «No te quiere mal, aunque te lo puede hacer. Es solo parte de ese maravilloso equilibrio de la naturaleza que no todo el mundo es capaz de comprender». Mamadou murmura algo inaudible mientras sonríe y observa su poder. No le teme. Es quizá por eso que termina por cerrar los ojos, sabe que todavía no ha llegado su momento.

De repente, se oye un golpe contra el capó del coche. Belmont se despierta asustado. Marc se incorpora. Greg murmura adormilado.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Belmont.

—¡No lo sé! —responde Marc.

Marc sale del coche y parapeta la cabeza con la chaqueta. Intenta andar como puede, mirando a través del pequeño espacio que tiene a la altura de los ojos. Poco puede ver. Da una vuelta al coche y no aprecia nada anormal. Consigue llegar hasta el coche de los *hunters*. Keita, que está de guardia, abre la puerta.

—¿Está todo bien, señor?

—Eso quería preguntarte. ¿Has visto algo raro?

—Nada, señor.

—Hemos oído un golpe fuerte por la zona del capó.

—Puede haber sido cualquier cosa. Quizá una rama. O un animal que se lo ha llevado el viento. No es extraño. Es mejor que vuelva al coche porque es peligroso estar fuera.

—Bien, gracias, Keita.

—Buenas noches, señor.

Marc, de vuelta en el coche, tranquiliza a Belmont. Los dos observan atontados con la mirada perdida. Miran el espectáculo de polvo y de ruido. El coche se mueve con vaivenes esporádicos.

—Esto debe ser el *sahel* en su peor versión —comenta Belmont.

—No sé si esta es la peor de todas, pero sin duda impone —responde Marc—. Hemos perdido un día y lo peor es que lo único que podemos hacer es seguir durmiendo.

Belmont vuelve a intentar encontrar su posición. Marc cierra los ojos. Otro golpe en la plancha del coche le obliga a abrirlos de nuevo... pero le dura poco porque los párpados le pesan y se vuelven a cerrar.

Se ha hecho de noche en el campamento. El viento ha perdido intensidad y permite ver los árboles más cercanos y el resto de los coches. Marc, Greg y Belmont siguen durmiendo. Apenas se mueven.

Unos gritos interrumpen el vacilar del viento. Marc levanta la cabeza. No está seguro de si ha oído algo. Un nuevo grito lo confirma. Marc ve movimiento de gente fuera del coche, se incorpora y sale.

Entre dos soldados y Mamadou han detenido y reducido a un nativo, que yace en el suelo ensangrentado. Le apuntan mientras le rodean. Mamadou ve llegar a Marc. Tras él, Greg, Belmont y también Angu se acercan con linternas.

—¡Hemos conseguido detener a uno!

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Marc.

Mamadou señala en dirección a los tres todoterrenos blancos. Escrito con sangre, a lo largo de todo el lateral de cada uno, de extremo a extremo, hay la misma frase:

Daga wannan Kasa

—¿Qué quiere decir?

—«Fuera de esta tierra».

© del texto: Eduard Bosch, 2025
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-19884-89-3
DL: L 393-2025
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.